

INTERCULTURALIDAD, MEMORIAS DE UN PUEBLO DE CASTILLA

Desde muy pequeño he ido muchos años al pueblo de mi padre, una pequeña localidad de Castilla-León. Mi memoria se remonta, más o menos, a los 14 años. Vivíamos en una ciudad del norte de España, mi familia no tenía automóvil, así que los desplazamientos los hacíamos en tren, aquel Iberia Exprés que nos dejaba en la estación de Campo Grande de Valladolid después de ocho horas de viaje. Muchos de esos viajes los hice de pie en el pasillo o sentado sobre la maleta, entonces se vendían muchos más billetes que plazas disponibles, hoy lo llaman overbooking, es lo que tiene la globalización.

Pero el viaje comenzaba algunos días antes, desde el momento en que se tomaba la decisión de ir al pueblo, era temporada de verano, vacaciones escolares, afloraban los nervios por la ilusión de ir a un mundo muy diferente del que estaba acostumbrado, otros amigos, otras personas, otras costumbres, pero sobre todo un paisaje diferente.

Desde que salíamos, íbamos viendo como el paisaje iba cambiando, muchas veces lo hacíamos con esa lluvia persistente que llamábamos “sirimiri” y en otros lugares “calabobos”. El color verde de la hierba del norte a medida que nos acercábamos a la estepa castellana se iba tornando en el amarillo del cereal espigando al sol. Recuerdo que después de tres horas de viaje llegábamos a Miranda de Ebro, allí debíamos esperar a que engancharan la composición del tren que venía de Bilbao, mientras tanto aparecían los vendedores por el andén ofreciendo a voces, bebidas y comida. Cuando por fin arrancaba de nuevo el tren, sacábamos nuestra comida para el viaje, normalmente bocadillos, ¡qué bien entraba el de tortilla de patatas que me había hecho mi madre! Por fin llegábamos a Valladolid donde había que hacer transbordo para coger el tren que nos llevara al pueblo, era la línea de Valladolid-Ariza, que discurría por el valle del Duero, con su máquina de vapor y sus vagones de madera donde uno se juntaba con gentes que volvían a sus pueblos desde la capital. Era un viaje solidario, el ambiente era fantástico, todos se conocían, se saludaban y el viaje duraba unas tres horas, hoy ese mismo recorrido en coche se hace en apenas media hora, así que había que improvisar distracciones para pasar el tiempo, como la rifa que se organizaba con lotes de embutidos como premio. Mientras tanto, El tren traqueteaba por la vía con su lento pausar entre las copas de los pinos piñoneros que a modo de protectores montaban guardia a ambos lados de la vía. Nos íbamos aproximando

a nuestro destino, los nervios por la ilusión de la llegada cada vez más alterados. A la izquierda quedaba el pueblo y a la derecha la ermita y un poco más adelante la estación donde nos apeábamos los que íbamos con ese destino. Cogía la maleta y por un camino paralelo a las vías llegaba por fin al pueblo. Mi familia tenía un taller de herrería conocida como “La fragua”, donde pasaba muchas horas. Donde yo vivía no tenía la oportunidad de frecuentar esos lugares, aquel inmenso fuelle con su cadena para avivar el fuego. En la parte de atrás había un corral con un pequeño cobertizo que servía de almacén y también para otras necesidades, todavía no había llegado el agua corriente a las casas.

Mi tía me tenía reservada una habitación para mí solo, había una cama, una mesilla y un armario, estaba provista de una ventana donde por las mañanas se colaba literalmente el sol con un cielo de un azul intenso, nunca he vuelto a ver algo parecido, solo aproximaciones.

Ya desde el día de mi llegada comenzaba la visita a otros familiares, especialmente al tío Fermín y la tía Juana, tenían una huerta con noria a las afueras del pueblo y un burro que cuando yo le acompañaba iba montado a su grupa, no había nada que me hiciera más ilusión. Recuerdo con fruición las ciruelas de aquel huerto, las más dulces que he comido nunca.

Mis tíos tenían una bici que yo utilizaba para los desplazamientos por el pueblo, incluso para ir a bañarme con otros chicos al río Duero, otra novedad más, acostumbrado como estaba al agua salada del mar Cantábrico.

Fui creciendo y seguí volviendo al pueblo, conocí a otros amigos, incluso mayores que yo, José Luis, José Antonio, Moisés, Luis, pero no importaba. A algunos los acompañaba a las labores del campo montado en su tractor, un vehículo que en la ciudad no se utilizaba y al que se enganchaban los aperos de labranza; toda una experiencia para un chaval de 16 años.

Necesitaría más espacio para completar mi relato, quizás en otro momento vuelva sobre él, mientras tanto me quedo con ese sabor dulce que me producen estos recuerdos tan entrañables que se mezclan con otras vivencias bien distintas, generando una interculturalidad que enriquece las relaciones humanas.